

# Darío en Reyes

Por *Fernando* CURIEL DEFOSSÉ\*

*A Tita y Miguel, en Austin.*

*Para Armando Pereira.*

*I. Darío, glorieta*

**P**ASADO NUTRICIO. El Madrid de entonces, antevíspera de la Segunda República, Alfonso Reyes lo conocía por los cuatro puntos cardinales, a tal punto que se ocupa de un paraje por lo general ignorado tanto por los naturales como por los forasteros: el Manzanares. Plaza de Oriente, la Red de San Luis, Plaza de España, Cibeles, Neptuno, El Buen Retiro, Atocha, Plaza del Carmen, Puerta del Sol, Campo del Moro, Plaza Mayor, Las Vistillas, Carrera de San Jerónimo, ¿pero el Manzanares? Quizá le recordaba, lecho seco, el río de Santa Catarina del natal Monterrey. A modo de curiosidad, dos pincelazos:

Del Manzanares —río sin agua— hace siglos que se burlan las gentes. Todo el que deja un trago en el vaso se acuerda de hacerle una limosna al Manzanares.

Aproximadamente, reza así el proverbio madrileño: *Nueve meses de invierno, y tres meses de infierno*. Lloremos sobre los tres meses de infierno [...] ¿Visceras y estiércol y sangre sobre la tierra? ¡Ola de la vida perezosa, ola chocarrera, Manzanares, maldito seas! ¡Parodia escasa, agua picaresca, maldito seas!<sup>1</sup>

Aunque no todo es burla y lodo:

En el paisaje fino y exquisito de Madrid, el Manzanares, a la hora del crepúsculo, haciendo, al peinar las juncias, un órgano de agua casi silencioso, pone un centelleo de plata.<sup>2</sup>

1922. Había llegado pobre, huérfano, sin camino cierto, sin familia —la mujer y el hijito aguardaban en tierra vasca— en octubre de

---

\* Investigador del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México: e-mail: <curielf@unam.mx>.

<sup>1</sup> Véase Alfonso Reyes, *Cartones de Madrid* (1917), Juan Velasco, pról. y notas, Madrid, Hiperión, 1985, p. 28. No se recoge en las *Obras completas* de Alfonso Reyes.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 31 y 29, respectivamente.

1914, de noche, acompañado por el poeta y pintor Ángel Zárraga, no menos al gairete. Muy atrás quedaban para ellos los días “alciónicos”, luminosos, ateneístas de Ciudad de México. “Estación del Norte, no lejos de donde, guiño egipcio de la Villa y Corte, se levantará el Templo de Debod”.<sup>3</sup>

Los aguardaban dos compatriotas, Eduardo Colín, empleado de la legación mexicana —“todavía colgado a la Legación”, acotará el viajero—, y el arquitecto Jesús T. Acevedo, ¿o el reencuentro con este último ocurrirá más tarde? Acevedo, en la inicial educación cultural de Reyes figura tan importante como Pedro Henríquez Ureña, había renunciado a su delicado cargo de director de Correos en el régimen de Victoriano Huerta y también, como el joven Alfonso, como tantos otros, puesto pies en polvorosa.

Proceden de San Sebastián, concha prodigiosa. Y Reyes, antes, de París, donde se desempeñaba como segundo secretario de la legación de México; Ciudad Luz de la que lo echarán —en juego de pinzas las bombas alemanas y el despido en masa decretado por Venustiano Carranza al frente del victorioso constitucionalismo— del cuerpo diplomático, tachado, sin matices, de proclive a Victoriano Huerta —el verdugo del presidente Francisco I. Madero y del vicepresidente José María Pino Suárez. En el comienzo de aquella contrarrevolución, conocida como la Decena Trágica, el padre del joven Alfonso, el general Bernardo Reyes, había sido ametrallado a las puertas del Palacio Nacional que pretendía tomar al frente de un tropel de insurrectos. Cabalgaba a su lado, en aquel instante trágico, Rodolfo, el hijo mayor.<sup>4</sup>

Entre aquel desorientado arribo nocturno del año 1914 y el de 1920, cuando por mediación de José Vasconcelos es recuperado por el servicio exterior —primer secretario— de su país, Reyes se sumerge en la Villa y Corte bajo el reinado teórico de Alfonso XIII y el gobierno práctico de la dictablanda del general Primo de Rivera. Posadas pobretonas en las calles de Carretas —no lejos de la Cripta del Pombo presidida por Ramón Gómez de la Ser-

---

<sup>3</sup> Regalo “del gobierno egipcio en agradecimiento por la protección prestada por la ciudad de Madrid al templo de Abu-Simbel. Data del siglo IV a.c., aunque su llegada a Madrid se produjo en 1970”, Rubén González Alonso, *Madrid*, Barcelona, 2012, p. 87. Un guiño semejante, nicaragüense, latinoamericano, que involucrará a Darío y a Reyes, según veremos, tendrá lugar en 1922.

<sup>4</sup> Están por aparecer, bajo el sello de Colofón, los dos tomos de las *Memorias mexicanas (1898-1914)* de Rodolfo Reyes, con prólogo y edición a mi cargo. Dichas memorias complementan las de su hermano menor Alfonso.

na— y San Marcos. Modestos “pisitos” en la calle Torrijos —en el extrarradio— y, más céntrica, en la calle Pardiñas. Una mejoría notable en la situación económica lo lleva, y con él a la reducida familia, a la calle Serrano, en pleno barrio de Salamanca. Curva domiciliaria ascendente.<sup>5</sup> Su despedida de España, cuando llegue, tendrá lugar en un restaurante célebre, el Lhardy, todavía en pie y famoso —fama sustentada no sólo en su historiado comedor interior sino en el servicio, puertas a la calle, salvador en época de frío y lluvia, lluvia y frío meseteros, de tacitas de caliente consomé y bocadillos de apio.

*Madrid letrado.* Y si variado había sido, entre 1914 y 1922, el recorrido material por la capital española, no lo fue menos el simbólico. El talento y la intuición, las ganadas amistades, la laboriosidad incorruptible, el autodescubrimiento del filólogo —escuela “dura”, alemana—, la bonanza del periodismo cultural, lo condujeron de lleno a la Ciudad Letrada. Trazo el mapa. El Ateneo de Madrid, en la calle Prado, custodiado por dos plazas emblemáticas: Cortes y Santa Ana. El Centro de Estudios Históricos de Madrid en los bajos de la Biblioteca Nacional, pleno Recoletos, eje de la Villa y Corte, y en cuya Sección Filología es pronto incorporado. La Residencia de Estudiantes, Castellana arriba —doy fe, durante mi estancia hasta el límite reglamentario, si no me sigo, de la vigente, la intocada memoria de ilustres residentes; lista que encabezan Salvador Dalí, Luis Buñuel y Federico García Lorca.

Las redacciones del semanario *España* y de *Revista de Occidente*; de las colecciones en que se aventuró, como *Índice*, y de los periódicos *El Imparcial* y *El Sol*. Y, por supuesto, los cafés tertulianos, elixir de la vida cultural y política. El del Hotel Génova. El Fornos en la esquina de Alcalá y Peligros. El Gijón. El de Correos. El León de Oro. Los que pautaban la Plaza del Sol y la Carrera de San Jerónimo.

El mango de la sartén lo tenía la Generación del 98; ascendía a la cima la de 1914; asomaba la del 27. Con las tres se vinculó el mexicano. Amistad inalterable, respectivamente, con Azorín, con José Ortega y Gasset —con final miserable por la felonía del filósofo— y, continuada en México, con Luis Cernuda.

---

<sup>5</sup> Entre otros estudios, me ocupo del periplo de Reyes en Madrid en *Cartas madrileñas: homenaje a Alfonso Reyes*, Manuel Andújar, pról., Madrid, Asociación Cultural de Amistad Hispano-Mexicana, 1989; y en *El cielo no se abre: semblanza documental de Alfonso Reyes*, México, UNAM/El Colegio Nacional, 1995 (Premio de Biografía Colima).

*Paso reanudado.* Ya para 1921 Reyes es primer secretario y, dado el cambiante escenario revolucionario de su país, ministro *ad-interim*. Pasea, en compañía de colegas del Centro Histórico y amigos, por el Guadarrama, fuente de constipados y letales gripes; cofunda el “Ventanillo” de Toledo; veranea en Deva. Si en México había dado a los tórculos —bajo el sello de la parisiense Casa Ollendorff— las precoces *Cuestiones estéticas*, en Madrid da a la luz títulos asombrosos: *Cartones de Madrid*, *Visión de Anáhuac*, *El plano oblicuo*, *El Cazador*, a los que seguirán *Ifigenia cruel* —catarsis familiar al modo de tragedia griega— y *Pauta*, poemario —insulso título, la verdad, para un “cabeceador” del ingenio de Reyes.

*Día de la Raza.* Invento nostálgico de la monarquía española —todo menos política hispanoamericana—, el Día de la Raza: conmemoración, los 12 de octubre, del Descubrimiento de América. El correspondiente a 1922 reviste especial significación. La municipalidad de Madrid resuelve rebautizar la vieja Glorieta del Cisne, allá por Chamberí, con el nuevo nombre de Glorieta Rubén Darío. Metáfora involuntaria, estoy seguro, el Cisne Darío que lo fue del movimiento modernista.

Modernismo; océano al que confluyeron, desde Cuba, José Martí y Julián del Casal; desde Colombia, José Asunción Silva; y, desde México, con el luminoso antecedente de Manuel Gutiérrez Nájera, José Juan Tablada, Amado Nervo y demás colaboradores de *Revista Moderna* (1898-1903), luego *Revista Moderna de México* (1903-1911). Pues bien, para poner fin al Modernismo, el ex modernista Enrique González Martínez lanza la consigna poético-parricida: “Tuércele el cuello al cisne”. Metafóricamente: “Tuércele el cuello a Darío”. Glorieta del Cisne Rubén Darío. Usted se la topa saliendo de la estación de metro “Rubén Darío”.

Para tan señalada ocasión, el discurso de agradecimiento al gesto municipal correspondía, protocolariamente, al decano del cuerpo diplomático latinoamericano. En este caso, el cubano Mario García. Sólo que éste delega en la persona de Alfonso Reyes tan señalado honor —el trabajo. ¿No era el mexicano reputado escritor y elocuente orador? Además de esto, ¿tenía presente el diplomático cubano el desaire sufrido por Darío, en México, en 1910? A la sazón, un cortejo de circunstancias tales como el intervencionismo norteamericano en su natal Nicaragua, y la cura en salud del gobierno mexicano de inhibir posibles protestas estudiantiles, impidieron al poeta participar, como se programó cuando los Hados le eran

propicios, en las mexicanas Fiestas del Centenario. Participación estelar. ¿Propiciaba, el colega de Reyes, un desagravio pese a que Darío llevaba seis años de muerto? ¿Tales consideraciones influyeron para el relevo? Más aún: ¿consultó Reyes, vía cable, con su Cancillería, la tarea encomendada, su mero mole? Lo ignoro. Lo cierto es que, ni tardo ni perezoso —nunca, incluido el día de su muerte, lo fue—, redacta la pieza *Rubén Darío, genio municipal*.

*Alocución rubeniana*. Aunque escrito de ocasión, el de Reyes va más allá —ve más allá— de la circunstancia. De esta suerte analiza: las relaciones entre España y las antiguas posesiones de Ultramar, a partir de la Independencia; la lentitud con que España vuelve la mirada a Hispanoamérica; y, desde luego, el homenaje al genial y rebelde poeta nicaragüense.

### América/España

América, desde la hora de su autonomía, venía padeciendo las dos circunciones contrarias del ser que se arranca de la madre. Y mientras, por una parte, la expresión del alma española se purificaba en los mejores gramáticos que ha tenido la lengua —los americanos Andrés Bello, Rufino José Cuervo, Rafael Ángel de la Peña, Marco Fidel Suárez—, por otra se dejaba sentir una honda conmoción de sublevaciones más que juveniles [y ejemplifica].

“¡Desespañolicémonos!”, gritaba el argentino Sarmiento. “¡Desespañolicémonos!”, gritaba el mexicano Ramírez, en controversia contra vuestro gran Castelar... Éstos no eran independientes; no estaban aún desarticulados del centro hispano; eran todavía hijos adolescentes que se alzan contra las tradiciones y costumbres caseras, por su misma incapacidad de reformarlas a su gusto.<sup>6</sup>

### España/América

En la gran renovación de la sensibilidad española, que precipita a América sobre España —donde España puede ya sacar el consuelo de sentirse reivindicada por los mismos a quienes se pretendía presentar como víctimas del error hispánico, Rubén Darío desató la palabra mágica en que todos habíamos de reconocernos como herederos de igual dolor y caballeros de la misma promesa.<sup>7</sup>

---

<sup>6</sup> Véase Alfonso Reyes, *Obras completas*, México, FCE, 1956, tomo IV, p. 319. De la cuantiosa colección de textos propios, el autor alcanzó a preparar y publicar diez volúmenes y, antes de morir, dejó preparados tres más.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 320.

Traigo a cuento que, dos años atrás, Reyes había escrito sobre el mismo tema que tanto le importó a él y a su camada —piénsese en Martín Luis Guzmán:

Olvidemos, si es posible, los abominables antecedentes del “tema hispanoamericano”; olvidemos los tópicos de la madre y las hijas, el león y los cachorros, la divina lengua de Cervantes, los fueros de la raza y demás impertinencias de estilo. Pero olvidemos también la costumbre de considerar toda cuestión americana como fundamentalmente ridícula, sólo porque hasta hoy se le haya tratado generalmente con impropia ridiculez.<sup>8</sup>

Y, hecha la advertencia, apuntó:

Es ya un venerable lugar común que España viene, de tiempo atrás, desperdiciando oportunidades. Y diré francamente que los americanos lo lamentamos, tanto como por España, por América. Tras un siglo de soberbia y mutua ignorancia —un siglo de independencia política en que se ha ido cumpliendo, laboriosamente, la independencia del espíritu, sin la cual no hay amistad posible—, los españoles pueden ya mirar sin resquemores las cosas de América, y los americanos considerar con serenidad las cosas de España.<sup>9</sup>

Equilibrio del que era vivo ejemplo el diplomático mexicano Alfonso Reyes. Pero sigamos con la inauguración de la glorieta.

Darío/España

“Rubén Darío trajo a la masa de la lengua española, trajo a la atmósfera del alma española, cuando el mundo tenía entonces que aprender de Francia”. Y fija el contraste: “Acaso su condición de hijo de América le ayudaba a dar el salto mortal del espíritu. Nicaragua pesa sobre la mente mucho menos que España, y fue uno de los hijos más pobres el que se echó al mundo a conquistar, para toda la familia, las cosas buenas que entonces había por el mundo”. Y la buena nueva: “Y un día volvió —así lo vemos— cargado y reluciente de joyas, como un rey de fábulas”.<sup>10</sup>

---

<sup>8</sup> Véase Reyes, “América y España”, en Héctor Perea, *Nuestras naves*, México, UAM, 1993, p. 267.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 268.

<sup>10</sup> Reyes, *Obras completas* [n. 6], p. 319.

## *El significado del rebautizo de la glorieta*

¡Feliz acuerdo el de consagrar en la Fiesta de la Raza un homenaje a la memoria del mayor poeta de la lengua durante los últimos siglos! Su nombre, desde hoy, queda incorporado a la vida diaria, callejera, de vuestra graciosa ciudad. Y, justa paradoja y compensación, he aquí que convertía al solitario, al desigual, al rebelde y altivo genio, al pecador torturado, elegante, al león entre tímido y bravío, que de pronto se acobardaba y de pronto comenzaba a rugir, al melancólico que cruzaba la vida “ciego de ensueño y loco de armonía”, al hijo terrible de un continente que es todo él un grito de insaciables anhelos, a nuestro Rubén Darío, el menos municipal de los hombres, en algo tan benéfico y manso como un genio municipal.<sup>11</sup>

Acátase la decisión municipal. Al poeta lo acoge “la divinidad que reina en las plazas y en las calles. Y nosotros —buenos hijos de Roma— saludamos con ritos públicos, bajo el sol de otoño, al héroe mensajero de las primaveras americanas”.<sup>12</sup>

Remata Reyes —clarinada— la alocución:

Poeta sumo, hombre vagabundo, alma traspasada de sol, tramó con lo más íntimo de sus ternezas y lo más atronador de sus furores, la escala de hexámetros de oro, el himno de esperanza más grande que vuela sobre las alas de la lengua: “¡Íncultas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda! / ¡Espíritus fraternos, luminosas almas, salve!”.<sup>13</sup>

Cabe imaginar la de discursos que hubieran testimoniado, en septiembre de 1910, la triunfal entrada a Ciudad de México de Rubén Darío: enviado extraordinario de Nicaragua, en misión especial, con credenciales de ministro plenipotenciario, para los festejos del Centenario de la Independencia de México. Por parte de la *Revista Moderna de México*, ante la imposibilidad física de su director, Jesús E. Valenzuela, la elección oratoria hubiera recaído, sin lugar a dudas, en José Juan Tablada. Por parte del Ateneo de la Juventud, creo, se hubiera escogido entre Alfonso Cravioto y el jovencito Alfonso Reyes, el mismo que lustros después agradecerá en Madrid la Glorieta Rubén Darío. Y como, justamente con motivo del ilustre viajero, el Ateneo sufrió la escisión de un grupo, que formó la Asociación Rubén Darío, la elección de los

---

<sup>11</sup> *Ibid.*

<sup>12</sup> *Ibid.*

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 320.

disidentes no sería otra que la del poeta y cronista Rafael López. Por parte de los estudiantes peroraría alguno de los dirigentes del momento efervescente, Luis Jasso o José Siurob.

Del sector oficial se habrían producido las saluciones de Justo Sierra, ministro de Instrucción Pública, y Federico Gamboa, subsecretario de Relaciones Exteriores; dos de los amigos mexicanos —un tercero era el pintor Ramos Martínez— del nicaragüense, y responsables, en no poca medida, de la encomienda mexicana. El poeta, en efecto, antes de 1910, expresó su deseo de visitar México.

De Darío había escrito don Justo hacia 1901:

Sin reserva alguna es un poeta, y sólo eso es quizá, pero lo es con toda la fuerza connotativa del término. ¿Un gran poeta? No hay grandes poetas: hay poetas, astros de luz propia, y hay los otros, los de luz reflejada; somos los más, somos los planetas; Rubén tiene su luz en sí mismo [...] es suyo el instrumento poético, enteramente suyo. Quiero decir que Rubén lo domina al grado que parece su creador, que parece el inventor de su modo de hacer versos; y ese instrumento es un orquestrión: clarín, flauta, címbalo, arpa, violín y lira, todo lo pulsa por igual.<sup>14</sup>

*Viejo anhelo frustrado.* Se acercaba 1910 y el gobierno porfiriano se aprestaba para una celebración excepcional, tanto que he sostenido que las fiestas centenarias fueron el equivalente de una Exposición Universal, entonces tan en boga, pero con un solo participante: el país organizador. Glorificación de una gesta pero también de un régimen y de un gobernante. Sin embargo, aunque Darío logra su propósito, investido de una alta comisión, en el camino de Europa a América, la historia torció el rumbo. Oportunidad perdida para el autor y para nuestras letras. Qué duda cabe.

*En off.* Tornemos a Madrid. En corto Reyes se declaraba enemigo de las “recordaciones simbólicas”, de las fiestas cívicas; y al Día de la Raza tenía por mal celebrado, nulo en lo artístico e inservible para el pueblo —a quien supuestamente dedicábase. Tanto que sugería sacar a la celebración anual de claustros y ayuntamientos, echarla a la calle; más todavía, mudarla, con trajes y disfraces regionales, en una programación múltiple —teatro, cine, música—, en “un

---

<sup>14</sup> Véase Justo Sierra, “Prólogo a *Peregrinaciones*, de Rubén Darío”, en *id.*, *Ensayos y artículos escogidos*, México, Conaculta, 2014, pp. 236-237. La selección se basa en Justo Sierra, *Obras completas*, México, UNAM, 1948, publicadas por Agustín Yáñez, y si bien se enriquece con nuevas notas, omite la mención del tomo de procedencia.



verdadero carnaval”. ¿No sería mejor un desfile de gauchos o de chinas y charros con “machete y lazo” por la Castellana, que esos señores “de chistera y levita”? Pienso que sí.

Quiero suponer que el decano diplomático cubano que le delegó la tarea oratoria, con sobrada razón, ignoraba los reales pareceres de su colega mexicano.

Y Reyes, ¿porqué se abstuvo de la menor mención al episodio embarazoso de septiembre de 1910? Asunto del que nos ocuparemos *infra*.

## II. Papeles rubenianos

**1916.** ¿Por qué, en efecto, el diplomático latinoamericano Alfonso Reyes deja pasar la oportunidad de referir, así sea de refilón, la desventura mexicana del autor de *Azul...*? Traer a cuento el maltrato que sufrió el vate; baldazo a su glorificación en tierra modernista; aclamación de la República de las Letras, del Gobierno, del comercio, del común, del estudiantado que después de la clausura definitiva de la Real y Pontificia Universidad de México, decretada —¡oh paradoja!— por Maximiliano de Habsburgo, estrenaba Universidad Nacional...

Decía que la mención del “*affaire* Darío”, así fuere de pasada, así fuere llover sobre mojado, por parte del ministro *ad-interim*, le hubiera significado una diana a su favor en momentos en que la ideología revolucionaria de su gobierno se nutría de la denuncia feroz, demonización me atrevería a decir, del viejo régimen. Maniobra maniquea, entendible por razones políticas, pero inexplicable en el campo de la investigación histórica, que convertía a Porfirio Díaz en villano a la altura, o por encima, de Agustín de Iturbide, aquejado de *tics* imperialistas, y de Antonio López de Santa Anna, autoinvestido salvador de México.

¿Por qué, repito, no aprovechó la oportunidad de ganarse puntos, él, congelado en el servicio exterior de 1914 a 1920 y, además, blanco en México de ataques y censuras que arreciarán en los próximos años?<sup>15</sup> Por su buen juicio.

---

<sup>15</sup> La virulencia de los ataques, destinado ya por segunda vez a París, lo lleva a redactar una carta-informe-confesión que se torna antecedente de la también secreta, reservada *Oración del 9 de febrero*, véase Alfonso Reyes, *Mi óbolo a Caronte (semblanza del general Bernardo Reyes)*, Fernando Curiel Defossé, estudio prel., ed. crít., notas y sel. de apéndices, México, Instituto de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2007.

Si las relaciones con España guardaban sus tensiones: la Revolución Mexicana, apagado apenas su fuego, había relanzado, en el campo y en la ciudad, la consigna de 1810: “¡Mueran los gachupines!”, y no pocos hacendados y comerciantes habían sido pasados por las armas; ¿para qué reabrir aquel episodio del pasado que tan mal dejaba al gobierno mexicano, dócil al de Estados Unidos, nación interventora en Nicaragua, responsable *manu militari* de la caída sucesiva de los presidentes José Santos Zelaya y José Madriz —al que, amigo de infancia, debió el poeta su designación. En plan pragmático, se entiende que Porfirio Díaz —¿pidió consejo al Gabinete, al círculo político íntimo?— optara por prevenir la protesta estudiantil amparada por la presencia de Darío. Nutrida lista de agravios antinorteamericanos a los que se sumaba la ejecución de un compatriota en Texas.<sup>16</sup>

Doce años después, seguían algunos rescoldos. ¿Para qué me-  
nearle? Mejor que todo quedara en aquel presente de 1922.

*Reyes, fan de Darío.* De otra parte, el diplomático mexicano ya se había ocupado extensamente de Darío el mismo año de su fallecimiento, 1916 —todavía excluido el autor de *Cartones de Madrid* del Servicio Exterior Mexicano. Aunque, claro, no con la profusión editorial con que se ocupa de Amado Nervo.<sup>17</sup> Hablo de *Darío en México*.

*Capas.* El texto en cuestión, como buena parte de su obra, traza un dibujo geológico. Capas. 1916, 1920, 1921, 1922, 1923. Intensa es la presencia que Darío guarda en Alfonso Reyes; presencia que fabrica una cadena dividida en eslabones. Excelente retratista, nutrida es la galería alfonsina de figuras españolas. Los muertos: Antonio de Nebrija, el Arcipestre de Hita y Galdós, entre los más señalados. Los vivos: Azorín, Juan Ramón Jiménez, Ramón del

---

<sup>16</sup> Para el levantisco ambiente estudiantil de la época, enmarcado en la venida de Darío, véase Javier Garcíadiego, *Rudos contra científicos: la Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*, México, El Colegio de México/UNAM, 2000, pp. 47-48.

<sup>17</sup> Esfuerzo que se materializa en Alfonso Reyes, ed., *Obras completas de Amado Nervo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1920-1928, 29 tomos. Véase, asimismo: “Así, un Nervo comienza en el primer París, continúa en Madrid, salta sobre el segundo París y viene a finalizar en el primer Buenos Aires”; y “Entrar en la interpretación de los hombres es cosa que requiere delicadeza y piedad. Si se entra en tal interpretación armado de una filosofía hostil a la que inspiró la vida y la obra de aquel hombre, se incurre en un error crítico evidente y se comete, además, un desacato”, Alfonso Reyes, *Tránsito de Amado Nervo*, en *Obras completas*, México, FCE, 1958, tomo VIII, pp. 7 y 11, respectivamente.

Valle-Inclán, José Ortega y Gasset, José Moreno Villa, Enrique Díez-Canedo, Ramón Gómez de la Serna —a quien, sin embargo, pese a los ruegos y plegarias de aquél, se abstuvo de abrirle las puertas de La Casa de España, que es decir México.

Amistad combinada de las personas y de sus obras. Presencia real o virtual. Tenía a la amistad de los libros por imitación activa de la amistad de los hombres que suplía la presencia real. Caso evidente de los escritores muertos. ¿Y sobre qué base elabora Reyes la galería de autores vivos; cuando la literatura, la cultura, corrían por las calles, los cafés, la antesala de la ciudad que era Plaza del Sol, los pasillos y salones del Ateneo de Madrid —una de cuyas secciones llega a presidir el mexicano— y la Residencia de Estudiantes? Intenso trajín que hoy suena a extravagancia. Y que la Ciudad de México lo tuvo, digamos de los tiempos de la República Restaurada a los cincuenta del siglo xx.

¿En qué se basó Reyes para su galería matritense?

*La gratitud.* “Yo llegué a España dejando atrás torvos horizontes. Mis amistades españolas fueron el alivio de mis penas y me AYUDARON a persistir en mi verdadera vocación. Nadie me importunó con preguntas ni quiso escarbar en mis dolores; pero todos me tendieron la mano”.<sup>18</sup> Todos salvo el historiador y jurista Rafael de Altamira, tan ligado a México y a América Latina. Poco dispuesto a ayudar, orientar; pesimista sobre el futuro del joven escritor en clara desgracia. Lo incuestionable es que oportunidad tendrá Reyes de devolver en México, a partir de 1939, el gesto solidario —incluido el remiso Altamira.

*Corpus.* Además de los dos correspondientes al Día de la Raza, nueve son —el último como apéndice en dos partes— los capítulos rubenianos de Reyes. “El valle inaccesible”: inaccesible sólo para Darío; no para los cientos de invitados recibidos en las casas de la crema y nata porfiriana;<sup>19</sup> “Un documento”: ni más ni menos que el elaborado por los ateneístas disidentes; “Un problema de derecho internacional”: que lo fue la dividida interpretación del *status* de poeta respecto a su propio país, en pleno desbarajuste,

<sup>18</sup>Alfonso Reyes, *Tertulia de Madrid*, Buenos Aires/México, Espasa-Calpe, 1950, pp. 10-11.

<sup>19</sup>Incluso el otro representante designado por José Madriz, el poeta tal, salva el escollo al nombrársele representante de otro país centroamericano.

y el gobierno mexicano; “Una discusión literaria”: el descolón que Darío asesta a un impertinente sacerdote con pujos literarios; “Arte de presencia en dos Coplas”: incidente estudiantil al calor de *affaire* Darío; “Partida y regreso”: anticlimático desenlace del episodio; y “¿Una obra inédita de Rubén Darío?”: verdadera revelación; y “Apéndice”: de una parte el homenaje que rinde a Darío la Academia Americana de Artes y Letras y, de otro, una valiosa información del secretario del ministro Sierra. Y, como remate: “Cartas de Rubén Darío”. Impecable expediente.

Su conjunto resulta decisivo para la reconstrucción del lance de 1910 y de los ecos que aparejó la muerte del poeta.<sup>20</sup> Examinemos los estratos.

*Dedicatoria.* Muestra del mejor periodista es el Alfonso Reyes de la prensa madrileña, de los artículos que alimentarán una de las más deliciosas series del autor, *Simpatías y diferencias* —con cuya lectura me inicié en 1962 en la edición de dos tomos de Porrúa y en la adicción Reyes; armado en 1916, ya lo anticipé, año de la muerte de Darío —ya lo anticipé también—, el reportaje cultural fue dedicado a Enrique Díez-Canedo, una de las inmediatas amistades del destierro, su guía en el Ateneo de Madrid —del que, pasadas las décadas, será sustraído un busto del mexicano, apenas inaugurado. ¿Motivos por los cuales dedica a Enrique páginas arrancadas “a mi libro de memorias”? Numerosos.

En primer término, Díez-Canedo había consentido a Reyes el desahogo, “la manifestación de ese placer de los emigrados que suele resultar inoportuno: el recuerdo de la tierra y de los amigos ausentes”. Monterrey, Ciudad de México; Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Julio Torri, Alfonso Cravioto, Luis Castillo Ledón, Ricardo “Parrita”, Ricardo Gómez Robelo, Isidro Fabela, José Vasconcelos —a Acevedo y a Guzmán, ahora en Estados Unidos, los había tenido cerca en un edificio compartido de la calle Torrijos. Un reporte. Del par, gemelo, de construcciones entonces recientes, sólo quedaba uno durante mi inspección de principios de los años noventa del pasado siglo, no el habitado por la comuna exiliada

---

<sup>20</sup> Para la más reciente investigación del episodio, local e internacional al mismo tiempo, véase Fernando Curiel Defossé, coord. y pról., *Darío en México: un ambiente enrarecido*, Edwin Alcántara Machuca, Octavio Olvera Hernández y Antonio Sierra, cronología general, crónica día a día y rescate documental, México, Seminario de Investigación sobre Historia y Memoria Nacionales, 2014.

mexicana, pero bastante para imaginar al demolido habitado por mis compatriotas. Pobres de solemnidad, aún lejos de la Fama. Los Reyes. Los Acevedo. Los Guzmán.

La asimilación del escritor español fue total. Tanto que había acabado por “aficionarse a las cosas de América”.

En segundo término, cuestión para Reyes de extraordinaria valía, Díez-Canedo contemplaba la vida, la cultura, en profundidad:

A usted le gusta hojear las viejas revistas y ver cómo reviven las pléyades literarias de hace cien o de hace diez años. Su ecuanimidad le permite apreciar con ojos serenos la hora que apenas ha cesado: lo que todavía es pasión para muchos, es ya para usted conocimiento. De esta manera, usted es uno de aquellos privilegiados que contemplan la vida con verdadero desinterés histórico. Mientras la mayoría de los hombres cultos responde con un mohín de disgusto a todo lo que ya no es nuevo y que todavía no es antiguo, a usted le he visto comprar por esas ferias —y examinar con ese deleite tranquilo que sabe poner en todos sus actos— éste o el otro libro modesto publicados por los años de 1840.<sup>21</sup>

Anticipo que Enrique Díez-Canedo morirá en México, a poco del transtierro, en 1944.<sup>22</sup>

*Primer asedio.* En la galería de Reyes, el poeta nica nacido en la pequeña población de Metapa, ocupa un lugar privilegiado. Amén del discurso de la Glorieta rebautizada, y de su complemento crítico. Veamos el primer asomo. Como en muchos de los escritos de Reyes, intrincado en la huella hemerográfica. “Rubén Darío en México” apareció en la revista de Madrid *Nuestro Tiempo*, en 1916; tenía como antecedente el artículo “Nosotros”, publicado en *Revista de América*, la publicación parisiense de los hermanos García Calderón, en 1913; se aprovechará más adelante en el libro canónico *Pasado inmediato* (1941), esmerado ejemplo de lo que hoy se reconoce como *historia intelectual*. Su autor ya instalado definitivamente en México —Capilla Alfonsina, en la entonces calle Industrias, luego Benjamín Hill.

El texto formó parte, con otros materiales publicados en la prensa ibérica e hispanoamericana, de *Simpatías y diferencias* iv

---

<sup>21</sup> Véase Reyes, *Obras completas* [n. 6], pp. 301-302.

<sup>22</sup> Para la amistad sostenida entre el mexicano y el español, véase *Enrique Díez-Canedo/Alfonso Reyes: correspondencia 1915-1943*, Aurora Díez-Canedo F., ed., México, UNAM/Fondo Editorial de Nuevo León, 2010.

serie (Madrid, 1923). De este mismo año es la nota en la que el autor señala que el texto rubeniano número 1, relativo al ambiente literario dominante a la llegada del poeta a costas mexicanas, levantó ámpula entre los amigos; satisfechos con el retrato de los demás, pero insatisfechos con el propio.

*Apoteosis virtual.* Sí al retrato de los demás, no al individual. Tal fue, en efecto, la reacción frente a “Nosotros”. No importa. Nada modifica el autor. Tres años después, en 1916, Reyes sigue los mismos trazos. La de su equipo, apenas en sus atisbos, es la “literatura imperante”. Había pasado la hora de *Revista Moderna de México*, heredera de la gutiérreznajeriana *Revista Azul*. El reemplazo generacional había comenzado en 1906, con *Savia Moderna*; nombre absurdo pero “voz de un tiempo nuevo”.

El autor se concentra en las figuras relevantes. Divide la pandilla entre los que escriben y los que no escriben; augura de Acevedo, uno de los que reciben en el Madrid de 1914, que “cuando escriba libros, sus libros serán los mejores”; señala que unos miran al Atlántico, otros al Pacífico; observa en Vasconcelos, uno de los “asiáticos”, su cultivo de la filosofía antioccidental, su “cólera civil”, su sujeción a las “Furias políticas”, su “dogmatismo”, su origen oaxaqueño —Oaxaca, cuna de “tiranías ilustradas”.

En cuanto a la filosofía oficial, el positivismo había recibido de Ricardo Gómez Robelo los primeros ataques; pero con quien de plano se desvanece es con Antonio Caso, quien difundía por las aulas las “nuevas verdades”. Vale la pena la transcripción sobre un pensador clave al que la posteridad herrumbra en un limbo:

No hay una teoría, una afirmación o una duda que él no haya hecho suya siquiera por un instante. La historia de la filosofía, él ha querido y ha sabido vivirla. Con tal experiencia de las ideas, y el vigor lógico que las unifica, su cátedra sería, más tarde, el orgullo de nuestro mundo universitario. Su elocuencia, su eficacia mental, su naturaleza irresistible, lo convertirían en el director público de la juventud.<sup>23</sup>

Más honda y total, aunque íntima, era la influencia de Pedro Henríquez Ureña; el único escritor formado en el grupo, impulsor de una “verdadera reforma en la cultura”. Al igual que en tan apretado resumen, Reyes omite mencionar, respecto a la crítica del

---

<sup>23</sup> Reyes, *Obras completas* [n. 6], p. 30.

positivismo, que su plena erradicación del sistema universitario se debió a Nemesio García Naranjo, ¡en pleno huertismo!; omite apuntar que Pedro no sólo fungió como oficial (mayor) en el primer gabinete de la Universidad Nacional, sino que a él se debió, con su tesis de licenciatura, uno de los primeros estudios sobre la institución cuya apertura distinguió el Programa de Festejos del Centenario de 1910.<sup>24</sup>

Por último cabe apuntar que, si bien hoy por hoy se reconoce en el Modernismo mexicano, no sólo la práctica de la poesía sino también de la prosa —cuento, crónica, una sola novela—, en aquel entonces sólo se les atribuía una revolución poética. ¿Y respecto al Ateneo fundado en 1909? Reyes es contundente y preciso: “Entretanto la exacerbación crítica que padecemos corroe los moldes literarios: los géneros retóricos se mezclan un tanto, y la invención pura padece [...] Aquélla era, sobre todo, una generación de ensayistas”.<sup>25</sup> Mundo, en fin, “erizado de escalpelos”, en el que caería Darío. Ya sabemos que no fue así. Con un palmo en las narices dejó Porfirio Díaz a modernistas en retirada y ateneístas en franca sucesión.

*Sinopsis de episodios.* Decía que en “El ambiente literario”, Reyes se inclina por el listado de figuras, unas ya perfiladas, otras promesas. Sin intentar enmendarle la plana ofrezco una sinopsis, que estimo ilustrativa, de la revuelta cultural que cifró el Ateneo de la Juventud, entre su debut y la complicada visita de Darío, 1906-1910. El movimiento arranca en 1906, con la publicación de la revista *Savia Moderna*; pasa por la creación de la Sociedad de Conferencias que introduce, entre nosotros, el extensionismo universitario, y por masivos —para la época— desagravios públicos a Manuel Gutiérrez Nájera y Gabino Barreda; y culmina con la fundación, en 1909, del Ateneo de la Juventud —y todavía tendrán vuelo para crear la Universidad Popular Mexicana en 1912 y acompañar la cruzada educativa de José Vasconcelos entre 1921 y 1924.<sup>26</sup>

---

<sup>24</sup> Véase Pedro Henríquez Ureña, *La Universidad*, Fernando Curiel Defossé, ed. crít., estud. prel., notas y apénd., México, UNAM/Seminario de Investigación sobre Historia y Memoria Nacionales, 2010.

<sup>25</sup> Reyes, *Obras completas* [n. 6], pp. 305-306.

<sup>26</sup> Véase, entre otros trabajos alusivos de mi autoría, *La revuelta: interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, 2ª ed. rev., México, UNAM, 1999.

*Aniversario diez.* Antes de pasar al segundo escrito de la serie, me place mencionar que en su recuento del ambiente literario en el que asomaría su leonina cabeza Darío, Reyes pudo haber tocado otro sucedido, vinculado al Modernismo mexicano y latinoamericano. Aludo al décimo aniversario de la *Revista Moderna* (de México), cumplido el 1º de julio de 1908. Revista que, con el antecedente del Duque Job, tocante a la modernidad —como antes *El Renacimiento* tocante al nacionalismo—, todo lo inauguró. Oportunidad de examen de conciencia, valoración de Darío y de la generación emergente a la que, en parte, empolló.

No se anduvo con modestias la autoexaltación.

Un día, sacerdotes de ateneos, acólitos de agrupaciones artísticas, oradores cívicos, paladines de concursos baratos, Apolos familiares de Olimpos contrahechos, en una palabra, las modalidades de lo que PUDIÉRAMOS llamar la literatura oficial, fruncieron el ceño a la vista de un ejemplar impreso, cuyo contenido encerraba, como frasco oriental, el alma de un perfume extraño y sutil. Este ejemplar era el primer número de la *Revista Moderna* y los buenos herbolarios no encontraron casillero donde clasificarla.<sup>27</sup>

Una década después, se reconstruye con satisfacción la respuesta ante la aparición del impreso. ¿Cómo reaccionó la opinión al uso, dentro y fuera del campo literario?

Tomaron por deformaciones monstruosas lo que no era sino ritmo y medida, y por caso teratológico el esplendor de la centifolia rosa que se abría bajo su lente de observación con la soberana armonía de sus cien pétalos prodigiosos. No se creía entonces que el extraordinario florecer de nuestra rama, fuera nuncio de un fruto que más tarde cuajaría su fragante corazón, a pesar de los cielos adversos.<sup>28</sup>

En resumidas cuentas: “Se creyó que un mirlo enhebraba su charla trivial en el hilo de un chorro de luna, cuando eran las garras potentes y el pico voraz de un gerifalte de los que se perfilaban sobre el puño de la joven princesa”.<sup>29</sup>

Y vienen los nombres próceres, en los que se fundó el prestigio de la publicación sucesora de *Revista Azul*. Los muertos: Julio Ruelas, Bernardo Couto Castillo, Manuel José Othón. Los vivos:

---

<sup>27</sup> Véase *Revista Moderna* (México, agosto de 1908), p. 323.

<sup>28</sup> *Ibid.*

<sup>29</sup> *Ibid.*



Salvador Díaz Mirón, Luis Urbina, Jesús E. Valenzuela, Jesús Urueta.

*Ajuste de cuentas*. José Juan Tablada, pieza clave en la anticipación y fundación de *Revista Moderna*, había disputado con el director, Jesús E. Valenzuela, al parecer por un quítame de allá esas pajas. No obstante, distanciamiento total. La ocasión no se desaprovecha para atizarle, en ausencia:

Un hijo predilecto de la Musa, ni vivo ni muerto, cuyo talento ilumina largamente sus páginas, merece especial recordación. La cultura de su espíritu y las cualidades de su numen obligan, y fuéremos injustos si no confesáramos la parte que le corresponde en el éxito artístico de la publicación. [Sin embargo, escribe el redactor de la nota, un] sentimiento de indomable pudor nos vela consagrar su nombre, porque lleva la boca aún contraída con el beso de Judas que ayer hipócritamente emocionado y llorón, iba a depositar en la frente pálida de Valenzuela.<sup>30</sup>

*El inepto destrone*. El repaso, en exceso triunfalista, de la segunda revista modernista —la primera fue la *Azul* de Gutiérrez Nájera—, se detiene en la jugada que intentó aniquilarla. Protagonista, corrijó, antagonista, Manuel Caballero: poeta, periodista, “repórter”, empresario cultural digno de mayor atención de la que se le ha brindado hasta hoy. En 1906, juzga que es la hora —dada la desaparición de *Savia Moderna* y lo rutinario de la prolongación de *Revista Moderna*— de una nueva revista. Sólo que equivoca, digamos, la marca y el producto. Amén de resucitar la *Revista Azul*, la cual no pudo colmar la ausencia terrena de su fundador, el Duque, lo hace con un credo artísticamente conservador, enemigo declarado de los modernistas. Aunque no es en su cuartel, sino en el de los nuevos, donde surge la defensa tumultuaria y frontal. También de manera indirecta lo reconoce la columna conmemorativa. La influencia de *Revista Moderna*, si bien perdura el talante autoapologético, según el o los redactores del texto celebratorio, su influencia está “visible en las tendencias de la última generación literaria, pues entre los poetas y los literatos jóvenes dignos de mención no hay uno que no comulgue con los amplios cánones de que ha sido propagadora, que de algún modo no haya recibido de ella una orientación manifiesta”.<sup>31</sup>

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 325.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 324.

Cierto estoy que de haberse ocupado Reyes del número en que se conmemoraban los diez años de la revista, no le temblaría la mano para calificar tamaña afirmación de históricamente inexacta. Los jóvenes poetas y literatos emplean la “Protesta literaria”, las manifestaciones contra Caballero, para fijar su independencia posmodernista.<sup>32</sup>

*Darío y la Revista Moderna.* Numerosas han sido, se presume, las colaboraciones extranjeras, particularmente de aquellos americanos y españoles “agrupados en torno del centelleante penacho de Darío”. Y éste deja que de tarde se deslice hasta la redacción de la revista, en el corazón de Ciudad de México, “una estrella de su cauda imperial, relumbrante de claridades elíseas”.<sup>33</sup>

*Vedada meta.* A la distancia, sin acceso a archivos o a reservorios documentales, pero a partir de su carácter privilegiado de testigo presencial, Reyes, recobrados los individuos de su tropa atenea, se afana en el desdichado periplo del autor de *Cantos de vida y esperanza*.<sup>34</sup>

Estipulamos ya que se aproximan las Fiestas del Centenario, que se prometía echar la casa por la ventana. Conversan, en tertulia, los ateneos. Se habla del viejo anhelo, alentado por el propio nicaragüense, de traerlo a México. Profetiza uno del corro, el chiapaneco Rubén Valenti: “No, nunca vendrá a México Rubén Darío: no tiene tan mala suerte”.

Y la tuvo. El poeta, avanzamos también, parecía por venir al país de sus iguales.<sup>35</sup> Pero cuando se dio la ocasión, aunque los signos eran promisorios, la aventura acabó en desastre, juego sucio de la política, incomodidad profunda para el poeta. A principios del siglo xx Nicaragua está en la agenda del intervencionismo norteamericano —como volverá a estarlo, episodio del que puedo dar modesto testimonio, en los ochenta— con la Guerra de Baja Intensidad de Ronald Reagan contra el régimen sandinista.

---

<sup>32</sup> Para el lector interesado en el episodio, remito a mi *Tarda necrofilia: itinerario de la segunda* Revista Azul, México, UNAM, 1996.

<sup>33</sup> *Ibid.*

<sup>34</sup> Véase Curiel Defossé, coord., *Darío en México* [n. 20].

<sup>35</sup> Véase la carta del 14 de junio de 1910 de Federico Gamboa a Darío, en *ibid.*, pp. 124-125.

*La situación.* En dos párrafos Reyes traza la misión diplomática, lo ocurrido en Nicaragua durante la navegación Europa-América del vate, el ambiente capitalino, el “No pasarás”, los días de confinamiento en el estado de Veracruz. Únicamente le faltó apuntar que a la caída de Zelaya, a quien sustituyó Madriz, el presidente Díaz, contrariando al imperio, envió al puerto de Corinto un barco para rescatarlo, romper el cerco. Díaz apreciaba al colega de Reyes en desgracia —aunque, eso sí, no hasta el punto de consentir su destierro en México.

Leamos:

Rubén Darío fue a México por su mala suerte. En 1910, para la celebración del Centenario de la Independencia mexicana, Darío y Santiago Argüello fueron delegados a México por el gobierno de Nicaragua. Sobrevinieron días aciagos; el presidente Madriz cayó al peso de Washington, y el conflicto entre Nicaragua y los Estados Unidos se reflejaba en México por una tensión del ánimo público. La nube cargada estallaría al menor pretexto.<sup>36</sup>

Y recuerda el momento capitalino, por él vivido como lector y admirador de Darío, poeta él mismo, ateneísta de las primeras filas, estudiante en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, donde su hermano Rodolfo fungía de profesor estrella. Recuerda:

Y ninguna ocasión más propicia para desahogarse contra el yanqui que la llegada de Rubén Darío. El hormiguero universitario parecía agitarse. Los organizadores de sociedades, los directores de manifestaciones públicas habían comenzado a distribuir esquelas y distintivos. La aparición de Rubén Darío se juzgó imprudente; y este nuevo Cortés, menos aguerrido que el primero, recibió del nuevo Moctezuma indicaciones apremiantes de no llegar al Valle de México.<sup>37</sup>

*Nuevo Cortés: Darío. Nuevo Moctezuma: Porfirio Díaz.* Polvo de los mismos lodos, el “yanqui”, en años subsecuentes, estallada la Revolución desde el 20 de noviembre de 1910, intervendrá militarmente en México, por dos ocasiones. Hablo, en primer término, de la invasión del Puerto de Veracruz en 1914 —que alguien dirá sirvió al menos para erradicar las plagas de mosquitos de los mortíferos médanos. En segundo, de las inútiles correrías, en 1919, tras Pancho Villa, azote de la población fronteriza de Columbus, de la expedi-

---

<sup>36</sup> Reyes, *Obras completas* [n. 6], p. 306.

<sup>37</sup> *Ibid.*

ción punitiva. Por no hablar de la otra intervención, diplomática, descarada, ética, megalomaniaca, criminal del embajador Henry Lane Wilson, en la entronización de Victoriano Huerta —con Félix Díaz de comparsa— y el tránsito final de Madero y Pino Suárez.

Pero a la efervescencia pro Darío en el primer cuadro de la Ciudad de México, engalanado para el guateque centenarista, se opone un anticlímax. Darío —que en el conjunto del cuerpo diplomático presente hubiera opacado a gringos, españoles, franceses, alemanes— sufre dos jalones de la brida.<sup>38</sup> Durante la travesía marítima y al tocar puerto mexicano.

Anticlímax, sí: “Darío quedó detenido en la costa de Veracruz. De allí se le hizo pasar, incógnito, a Jalapa. Un hacendado lo invitó a cazar conejos: lo hicieron desaparecer...”<sup>39</sup>

Desandar lo andado —navegar lo navegado. Veracruz/La Habana. Lo que no menciona Reyes son los banquetes y honores que los veracruzanos le rinden; el desfile de emisarios y comisiones, aparte de ateneístas de orden y disidentes; el intercambio epistolar de los nuevos Cortés y Moctezuma; los contradictorios consejos del gobernador Teodoro A. Dehesa y del jefe militar. Que siga el ascenso a la capital. No, que regrese a La Habana.

Sí consigna, en cambio, Reyes, los tristes incidentes del regreso a una Habana que ya no lo toma en consideración como en la estancia de ida a México. El ministro mexicano, ni más ni menos que el historiador Carlos Pereyra —con quien Alfonso convivirá en Madrid—, se hace eco de las fiestas mexicanas. Invita a Darío a participar en la celebración del 15 de septiembre de 1910, con una colaboración poética —como si en México no lo hubieran agraviado. La envía, al desgaire; incurriendo en “monstruo híbrido que horrorizaba a Horacio”. En el estribillo funde los himnos cubano y mexicano “Que morir por la patria es vivir / Al sonoro rugir del cañón”.

*Los disidentes.* Episodio ya fermentado, la venida de Darío, como lo adelanté, produce una escisión en él. Todos a Una del frente ateneísta. Grupo encabezado por Rafael López.<sup>40</sup> Como “si la llegada

---

<sup>38</sup> Véase Virginia Guedea, coord., *Asedios a los centenarios (1910 y 1921)*, Alicia Azuela, Lourdes Alvarado, Guillermo Hurtado y Fernando Curiel Defossé, colab., México, FCE/UNAM, 2009.

<sup>39</sup> Curiel Defossé, coord., *Darío en México* [n. 20], p. 306.

<sup>40</sup> *Ibid.* Rafael López fue un gran poeta y cronista guanajuatense, hoy olvidado. Serge Zaïtzeff, uno de los contados estudiosos de la obra de López, acaba de fallecer en Calgary, Canadá, donde mantenía en alto la enseña(nza) de las letras mexicanas.

de un hombre hubiera de ser un hecho permanente”, apunta Reyes, se forma la Sociedad Rubén Darío, de la que resulta presidente Emilio Valenzuela, el hijo de Jesús que termina por suplirlo al frente de la publicación. También participan Nemesio García Naranjo y Jorge Enciso. Escriben a Darío a Veracruz, lo visitan, como lo hará Alfonso Cravioto, a nombre del Ateneo. Darío responde, no sin referirse a las circunstancias adversas “que me obligan a tener una actitud que no puedo alterar en nada”; al tiempo que desliza, candoroso, una esperanza: “Este momento, sin embargo, pasará. Y yo, quizá en breve, podré tener el gran placer y el altísimo orgullo de saludar, como el afecto que por ella tengo, a la noble, a la entusiasta, a la gentil juventud mexicana”.<sup>41</sup>

Pero no. Rubén Darío, el par de Gutiérrez Nájera, el colaborador estrella de las revistas modernas, jamás bajará del tren en la estación Buenavista para ser paseado en hombros por los jóvenes, para ser depositado en las amplias escaleras de la redacción de *Revista Moderna de México* en la esquina que hoy forman Bolívar y Madero.

*¿Embajador, civil distinguido? Bocato di cardenali* es para los internacionalistas ya consumados o en agraz —un Genaro Fernández MacGrégor, un Isidro Fabela—, el *status* de Rubén Darío a partir de la caída del gobierno de Madriz y de la decisión del gobierno mexicano de mudar su original condición de embajador plenipotenciario a mero “huésped de honor” —mala noticia que le transmite, nomás desembarcar, Rodolfo Nervo, hermano de Amado, funcionario de la cancillería. Huésped de honor, además, confinado al estado de Veracruz.

Puntualiza Reyes: “Los periódicos pusieron al día las discusiones jurídicas. ¿Conservaba Rubén Darío la representación de Nicaragua a pesar del cambio de gobierno? Dos o tres señores hicieron danzas y salemas en redor del caso y sin resolverlo”.<sup>42</sup>

Adelantando la sabiduría cantinflasca echeverriaca, don Federico Gamboa, pieza clave de los festejos de 1910, declara a un reportero que la situación del poeta ni lo perjudicaba ni dejaba de perjudicarlo sino todo lo contrario. ¿Y a todo esto, el presidente Díaz? Mudo, aunque intercambia telegramas con el varado Darío.

<sup>41</sup> “Darío en México”, en Reyes, *Obras completas* [n. 6], p. 308.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 309.

¿Escuela, el rubenismo? Lo atestigua Cravioto. Tren; ruta Jalapa-Veracruz. En el vagón, un sacerdote insiste en conocer al célebre aeda. Lo consigue. Rechaza la petaquilla cargada ¿de ron? que le ofrece Darío, quien la empina. Sale el nombre del poeta Julio Flórez (sí, con zeta). El nica hace un gesto inconfundible de rechazo. El sacerdote se pasa de lanza:

—Sí, ya lo sé; a usted no le conviene Flores, porque Flores no es de su escuela. ...

Darío sulfúrase.

—Yo no tengo escuela, no sea usted *pendejo*.

Amoscado, el sacerdote se retira a un rincón.<sup>43</sup>

*Incidente poético.* Junto con Darío, Madriz había designado otro representante de su país, el asimismo poeta Santiago Argüello. Éste no sólo arriba antes que Darío, sino que logra desembarcar en Buenavista y adoptar a la postre la representación en las fiestas de otro país latinoamericano e incluso asistir como invitado a una de las famosas conferencias del Ateneo de la Juventud en el Salón de Actos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia.<sup>44</sup> Agita al público estudiantil el malestar norteamericano por agravios al que se sumaba la humillación a Darío. Se grita: “Viva Nicaragua”, al concluir la conferencia. Argüello escucha lo que le conviene: “Viva Argüello” y se suelta:

Vuestro aplauso me echa flores  
Y es un aplauso al esteta;  
Estáis tejiendo, señores  
Mi corona de poeta.

General carcajeo, sorna. Confinado en el Golfo, Darío responde:

Argüello, tu lira cruje  
—¡y en público por desgracia!—  
Argüello, a lo que te truje  
Menos verso: diplomacia.

---

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 310.

<sup>44</sup> Se recogen en Juan Hernández Luna, pról., notas y recop. de apéndices, *Conferencias del Ateneo de Juventud*, Fernando Curiel Defossé, anejo documental, México, UNAM, 2000.

*Darío por Rubén.* Nuestro cronista del “*affaire Darío*” tuvo a la vista la autobiografía del poeta. Advierte que ni quita ni añade palabra alguna. Sólo juzga inexacto el significado que el poeta atribuye al incidente del que fue víctima, ni más ni menos que desatar el desmantelamiento del porfiriato; y atribuye su permanencia en México, pese al desaire, tanto a la penuria económica como “al desorden producido en la administración mexicana por las fiestas del Centenario”. El “cebollazo” de Darío es como sigue. Éste escribe que mientras en Veracruz lo colmaban de honores —la Municipalidad de Teocelo bautiza con su nombre la mejor calle de la población— en la capital de México, al saber

que no me dejaban llegar a la gran ciudad, los estudiantes en masa, e hirviente suma de pueblo, recorrían las calles en manifestación imponente contra los Estados Unidos. Por la primera vez, después de treinta y tres años de dominio absoluto, se apedreó la casa del viejo cesáreo que había imperado. Y allá se vio, se puede decir, el primer relámpago de la revolución que trajera el destronamiento.<sup>45</sup>

Es indudable, concluye Reyes, que equivocadamente el poeta se creyó origen de sucesos anteriores a septiembre de 1910, producto de causas “más complejas y vitales”.

*Compensación.* Lo indudable es que, por disposición del César, se ordena al cónsul general de México en París el pago de quinientos pesos mensuales durante el año fiscal de 1911, disque para que el poeta estudiara la enseñanza literaria al uso en Europa. Por eso Reyes se pregunta, no sin sarcasmo: “¿Una obra inédita de Rubén Darío?”. Luis G. Urbina, secretario del ministro Sierra, aclara a Alfonso Reyes que la comisión se estipuló en 1910.

*Adiós a Madrid.* El tiempo matritense de Alfonso Reyes corrió de finales de 1914 al primer semestre de 1924. De su patria lo llaman con destino a la legación de Buenos Aires. No podía imaginarse que a Álvaro Obregón, presidente a punto de concluir su mandato, le daría en la flor de proponerse mediador en el conflicto entre España y Marruecos. Y ahí va Reyes a Madrid de nueva cuenta como ministro plenipotenciario en misión especial ante el gobierno del rey de España, Alfonso XIII, su tocayo. Regreso, si breve, incómodo. Y pifia diplomática. Pero ésta es otra historia.

---

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 313.

RESUMEN

Se describe la primera estancia de Alfonso Reyes en Madrid y se ofrece el panorama intelectual de la época. Esta descripción se centra en un hecho determinado que sirve para pensar la relación de Reyes con el poeta nicaragüense Rubén Darío: la conmemoración, el 12 de octubre de 1922, del Descubrimiento de América, conocido también como Día de la Raza. Como parte de la conmemoración se lleva a cabo el bautizo de la vieja Glorieta del Cisne con el nuevo nombre Rubén Darío.

*Palabras clave:* diplomacia mexicana siglo XX, Alfonso Reyes 1914-1920, Modernismo.

ABSTRACT

This article explores Alfonso Reyes' first stay in Madrid within the context of the existing intellectual landscape. The discussion revolves around a particular event so as to reflect upon the link between Reyes and the Nicaraguan poet Rubén Darío: the 1922 commemoration of the discovery of the Americas (October 12<sup>th</sup>), also known as *Día de la Raza*. As part of this celebration, the old Glorieta del Cisne was renamed to Rubén Darío.

*Key words:* Mexican diplomacy in the 20<sup>th</sup> century, Alfonso Reyes 1914-1920, Modernism.